

Quizás el título nos sugiera algunos interrogantes, que convenga resolver. ¿Nuevos «sacerdotes obreros»? ¿Por qué la palabra «Misión»? ¿Esta palabra no está reservada a países de mayoría pagana?

La respuesta iluminará el comentario que tratamos de hacer a la nueva Constitución Apostólica *Omnium Ecclesiarum* firmada por el Papa el 15 de Agosto. La Constitución ha llenado de alegría al clero y católicos franceses.

¿Nuevos «sacerdotes obreros»?

Es el primer interrogante. La Misión de Francia no son los «sacerdotes obreros». Algunos de sus miembros trabajaban entre aquéllos. La mayoría, no. Tampoco es «la Misión de París». Es algo más amplio.

La Misión de Francia, es esencialmente una sociedad muy especial de sacerdotes seculares, que tuvo su comienzo en un seminario creado en Lisieux, año 1941, por la asamblea de Cardenales y Arzobispos franceses. En 1952, el seminario fue trasladado a Limoges. En este lapso de tiempo la Misión fue aprobada por la Santa Sede y había recibido un estatuto canónico el año 1949.

Llegaron los acontecimientos de 1953. El Cardenal Pizzardo a raíz de su visita a Francia cierra el Seminario de la Misión temporalmente. ¿Qué iba a pasar? Ha transcurrido casi un año. Y ahora la Iglesia, retrógrada, como decían sus enemigos, aliada del capitalismo, adversa a los pobres y clases trabajadoras, promulga una Constitución que impri-

me a la Misión de Francia un nuevo impulso.

¿Por qué «Misión»?

Es el segundo interrogante. Produce tristeza el confesarlo. Pero hasta el Papa lo dice en esta nueva Constitución: «*quasi opus missionale*, como un trabajo misional».

Porque el trabajo apostólico en algunos países católicos se asemeja al de las Misiones de infieles. No es hora de plañir y de hacer pinturas tenebrosas. Pero hay que confesar que la grieta que separa a muchos sectores de la Iglesia es cada vez mayor. Ni pisan el templo, ni les interesa. No se

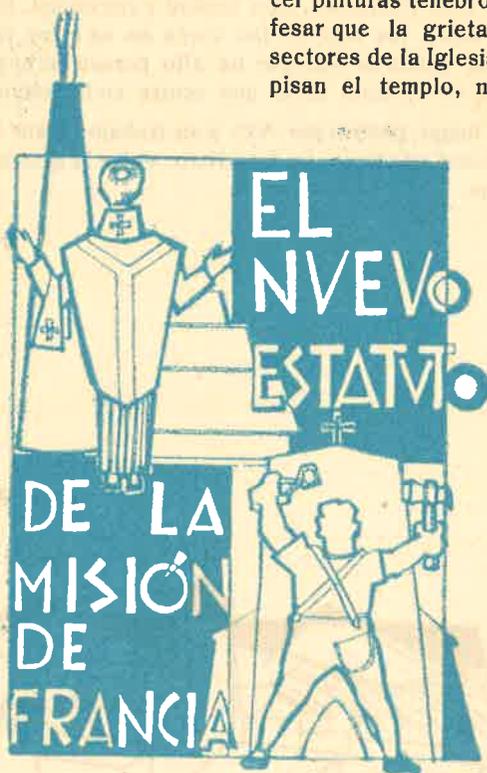
trata de mayor o menor recepción de sacramentos, de mayor o menor asistencia a Misa los domingos. Es algo peor. Es estar impermeabilizado a toda idea religiosa: no sentir ni preocupación, ni necesidad del más allá; incapacidad, en intelectuales y en la masa, para creer. Todo un mundo que surge prescindiendo de la Iglesia.

Existen grupos de católicos más fervientes y mejor formados que en otros tiempos, es verdad. Pero el catolicismo es para todos. No nos podemos

cruzar de brazos ante esas masas paganizadas que existen en muchos países cristianos. Al choque de esa realidad trágica y para solucionarla surge la Misión de Francia.

Primer objetivo

Francia siente este problema de la paganización creciente de una manera especial, sin duda por las proporciones que allí adquiere. Pero también porque se lo ha planteado con noble valentía.



De aquí que hablen con frecuencia de «Francia país de misión» «Misión de París», de que hay que «infundir espíritu misional». ¿Qué quieren decir?

Ante la paganización que avanza no bastan ciertos métodos que podrían ser suficientes en otros tiempos, por ejemplo: el que un sacerdote piadoso esté dispuesto a distribuir a cualquier hora los sacramentos. Y no basta por la sencilla razón de que los hombres, las masas no acuden a la Iglesia. Ni siquiera basta el trabajo por la conversión individual de los incrédulos. Más urgente es una transformación de la mentalidad de la masa. Entonces vendrán, por sí mismas, las conversiones personales. Hay que actuar en plena masa descristianizada, por medio de fuertes personalidades religiosas y así abrirla paulatinamente a lo religioso, para lo que está embotada.

Para crear este espíritu misionero en los futuros sacerdotes se fundó en 1941, en Lisieux, el «Seminario de la Misión», y ahora se abrirá en Pontigny. Junto a la enseñanza tradicional, se trata de capacitar a los futuros sacerdotes para este difícil trabajo.

Segundo objetivo

Ayudar a una distribución del clero más conforme con las necesidades misioneras, en el sentido de urgencia y puntos claves. Se han hecho estadísticas para Francia. Hablan de sacerdotes desocupados en una parroquia pequeña, mientras uno solo tiene que atender 5 y a veces 7 parroquias. De 10 ó 20 sacerdotes en un colegio de 100 alumnos, mientras cerca de 400.000 de la enseñanza técnica solo tienen 30 sacerdotes que los atiendan.

Una solución de arriba, impuesta, es difícil. Con el tiempo se adquieren hábitos de trabajar en un determinado sitio. Un cambio de rumbo, un traslado a otro medio totalmente desconocido, por muy buena voluntad que exista, puede ser hasta perjudicial.

Vía de solución

Formar sacerdotes en este Seminario, que desde el primer momento se ofrezcan para

cualquier trabajo, donde las necesidades sean más urgentes. Ni aun esto es suficiente. Y he aquí lo más atrevido de la Constitución del Papa.

Todo sacerdote secular al ser ordenado debe prestar obediencia a un Obispo. Con esto se obliga a trabajar en esa diócesis, queda «incardinado a la diócesis». Aunque quiera trabajar en otra diócesis, si su Obispo, por justos motivos, no se lo permite, no lo puede hacer. Al principio de la Misión de Francia, los Obispos franceses cedían sus sacerdotes a la Misión. Ahora se ha dado otro paso.

Praelatura nullius

El Papa ha desgajado de la Archidiócesis de Sens una pequeña parroquia, Pontigny, de unos 600 habitantes. En ella ha creado una Praelatura nullius, es decir de ninguna diócesis, independiente. Su Obispo será nombrado por el Papa de entre los miembros de la comisión de Obispos de la Misión. Y los sacerdotes de la Misión prestarán obediencia a este Prelado, pero no en favor de su parroquia de Pontigny, —sede de la Praelatura nullius,— sino para servir, incardinados en dicha parroquia, a toda Francia. De este modo la Misión se convierte en una diócesis nacional superpuesta y coordinada con las demás diócesis. Queda solucionado el problema de la inmovilidad del clero. Estos equipos de sacerdotes bien formados podrán acudir allí donde las necesidades sean urgentes y necesarias.

Tercer objetivo

Vida comunitaria. En nuestro mundo descompuesto, los peligros personales para un sacerdote sobrecargado de trabajo, inmerso en un ambiente hostil, y, quizás peor todavía, arreligioso, son muy grandes. Por lo que hace a su irradiación apostólica, el individualismo es hoy imposible. Es necesario agrupar los sacerdotes. A esto tiende también la Misión. Las formas de estos grupos son diversas. No siempre han de vivir reunidos, a veces no será posible, pero sí han de mantener contactos, confrontar métodos y experiencias. Si un Obispo quiere fundar en su dió-

cesis una comunidad o requiere el apoyo de un misionero, se pondrá de acuerdo con el Prelado de la Misión.

Completando

Como se ve, el espíritu y la formación toda la Misión en su nuevo Seminario de Pontigny. El puesto donde deberá trabajar cada sacerdote lo señala el Obispo de la Misión. Pero en sus trabajos apostólicos, y esto es muy importante, está totalmente sometido al Obispo de la diócesis donde trabaja. Un cambio de destino pertenece al Obispo de la Misión. Sin duda es un punto delicado que sabrá salvar la prudencia de los dos Prelados. Finalmente el Obispo de la Misión nombrará un Vicario General, con el permiso y autoridad de la Santa Sede, para que atienda de un modo especial a estos valientes sacerdotes, siempre en primera línea.

¿Y España?

Ante la nueva Constitución caben diversas actitudes. Algunas no serían legítimas. Como p. ej. una compasión despreciativa de «la pobre Francia. ¡Qué mal está!» No por Dios. Antes alegraría al ver que el Papa ha consolidado con su autoridad «una experiencia que ya ha dado sus frutos» — son palabras suyas — y que, sin dudar, ahora los dará más abundantes. Y paralela a la alegría, un poco de

reflexión para enriquecernos también nosotros con las nuevas fórmulas trazadas por el Papa. Concretarlo es difícil.

En España también existen zonas muy abandonadas. Quizás no lleguemos en ellas hasta un extremo ínfimo de religiosidad, pero sería de ciegos negar que el nivel es muy bajo en barrios de periferia, zonas fabriles y mineras, pueblos sin sacerdote desde hace mucho tiempo. Ni optimismo ni pesimismo. La realidad. Lo que hay. Y para conocer esa realidad, lo mejor: unas estadísticas exactas y sinceras, que por otra parte no es necesario airear a todos los vientos. Como en las guerras. Conocer dónde amenaza el mayor peligro, el más urgente, para concentrar allí los mayores esfuerzos. Negar el peligro o ignorarlo por pereza o soberbia sólo conduce al suicidio. Como el falsearlo por morbosa exageración, es de tontos. Ni lo uno ni lo otro. Objetividad para poner todo el hombre al trabajo, bajo las órdenes de un Episcopado siempre alerta. De este modo conseguiremos el anhelo del Papa expresado en esta Constitución:

... para que gracias a su celo y a su esfuerzo, no buscando sus propios intereses, sino los de Jesucristo, resplandezca de nuevo la paz; y allí donde rugen los odios, florezca la caridad social; donde atormenta la duda, consuele la fe; y donde no hay esperanza, vuelva a reinar la santa esperanza».

Luis Conradi S. I.

